

EDWIGE DANTICAT: COSECHA DE HUESOS. BOGOTÁ: EDITORIAL NORMA, 1999. TRADUCCIÓN DE MARCELO COHEN. 308 PÁGINAS.

COSECHA DE HUESOS DE EDWIGDE DANTICAT: Verdad novelada sobre un episodio doloroso y amargo en la historia de América Latina.

Blas Zubiría Mutis*

La literatura latinoamericana es prodiga en grandes obras cuya temática central está basada en uno de los fenómenos más dolorosos que han padecido nuestros países en su devenir histórico: las dictaduras. Clásicos como “Yo el supremo” de Augusto Roa Bastos, “El Otoño del Patriarca” de Gabriel García Márquez o la más reciente “La Fiesta del Chivo” de Mario Vargas Llosa son tres de las obras más importantes en un conjunto numeroso donde también se pueden mencionar novelas como “El Señor Presidente” de Miguel Ángel Asturias, “Margarita está linda la Mar” de Sergio Ramírez o “Maten al León” de Jorge Ibarguengoitia.

Pertenciente a esta misma tradición apareció publicada en inglés en 1998 “The Farming of Bones”, “*Cosecha de Huesos*”, la hermosa novela de Edwigde Danticat, una joven escritora haitiana emigrada a los Estados Unidos que con sólo 29 años de edad ya gozaba de un merecido reconocimiento por su novela “*Palabras, ojos, memoria*” y el libro de cuentos “*Krik, krak*”, obras traducidas a más de diez lenguas. Nominada para el National Book Award, ganadora de los premios literarios Seventeen Magazine, Essence Magazine y Premio Pushcart, además de ser escogida en 1996 como una de las 20 mejores novelistas jóvenes de Estados Unidos, Edwigde Danticat con su novela “*Cosecha de huesos*” corroboró su prestigio literario por las calidades de una obra poética, donde se entremezclan lo onírico con la dolorosa realidad vivida por los emigrantes haitianos durante la masacre que en 1937 el dictador Rafael Leonidas Trujillo desató en República Dominicana.

Amabelle Desir, el personaje tipo¹ que encarna las vicisitudes de los emigrantes haitianos, y Sebastián Onius, su compañero, guían al lector, con la precisión de la literatura, en la parábola vital de unos seres humanos que huyendo de la desgracia de su propio pueblo —anclado en la miseria más profunda de los pueblos de América Latina y azotada por la inclemencia de las fuerzas naturales— terminan víctimas de la satrapía de uno de los dictadores más sanguinarios de la historia latinoamericana.

Si bien es cierto existe todo un interesante debate teórico acerca del papel que puede jugar la literatura como fuente para el conocimiento histórico y sociológico y de los riesgos que encierra asumir sin herramientas críticas la verdad de la novela como verdad histórica, no es menos cierto que la sociología de la literatura defiende la tesis de que la novela es un poderoso instrumento para el conocimiento de la realidad histórica². En “*Cosecha de Huesos*” esta aseveración última se confirma. Y se confirma además porque Edwigde Danticat no rebaja en ningún momento la belleza literaria de su obra; logra lo que Teodoro Adorno³ llamó “La Ley Formal”, teoría en la cual sostiene el

pensador de la Escuela de Frankfurt que toda obra literaria de valor respeta una doble condición: por una parte, la novela como hecho estético es autónoma, lo que le permite distanciarse del mundo empírico y producirse según sus propias reglas, impuestas por el arte; y por otra parte, la novela como hecho social es heterónoma y responde por tanto a un contexto social e histórico concreto de donde se nutre y toma necesariamente parte de sus materiales y simbologías.

La autonomía de “*Cosecha de Huesos*” es evidente en varios planos. En primer lugar, es una literatura de frases bellísimas, cercanas a la poesía por su precisión y el ritmo narrativo que Edwidge Danticat le imprime a varias escenas: “*Ahora mi carne era un simple mapa de magulladuras y cicatrices, un testamento estropeado*” (pagina. 224); “*Duele saber que un día la vida seguirá sin ti*” (pagina 273). En segundo lugar, es evidente en la estructura narrativa de la novela, en la cual los capítulos impares son dedicados a la reconstrucción no lineal de la vida de los personajes. En ellos se entremezclan episodios vividos pero recreados en la bruma del sentimiento, confundidos con el dolor o la esperanza, mezclados entre la vigilia y el sueño atormentado por las pesadillas, pero también alimentados por la cercanía, la solidaridad, el deseo, la comunión propia del amor —como la esfera verdaderamente íntima entre Amabelle Desir y Sebastián Onius. En estos capítulos el lenguaje de Edwidge Danticat rompe las fronteras de la narrativa y se recrea poéticamente:

“En el sueño veo a mi madre alzarse, como el espíritu materno de los ríos, por encima de la corriente que la ahogó.

Lleva un vestido de cristal, hecho de la endurecida claridad del río, que ondula detrás de ella como una polvareda cuando corre a mi encuentro y me envuelve en sus brazos de humo. El rostro se parece al mío; de hecho es el mismo rostro largo, de tres diferentes tonos nocturnos, y la sonrisa revela las dos hileras de dientes.

—He reservado mi risa para cuando la necesitaras—dice, en un tono alegre que yo no recuerdo, porque siempre fue de palabra breve y severa—. No quise que pensaras que el amor no escaseaba, que fluía libremente o que cualquiera iba a dártelo gratis.

— ¿Y aquella vez en que me estaba muriendo y apareció la muñeca?— le pregunté— ¿Por qué entonces no me quisiste?—

*—Tú nunca estuviste a punto de morir, mi preciosa **imbecile**— dice ella—. Tenías desequilibrada la cabeza, como ahora. Por eso creías que ibas a morir; pero no era así. La cosa no fue tan grave como recuerdas. No podía serlo. Yo no lo habría permitido.*

—Nunca seré una mujer completa —dije—. Me falta tu cara.

—Tu madre nunca estuvo tan lejos de ti como suponías —dice ella—. Eras como mi sombra. Huías cuando yo me acercaba, y cuando te dejaba sola me seguías. Te pondrás bien de nuevo, ma bella Amabelle. Tengo la certeza. ¿Y cómo has dudado alguna vez de mi amor? Tú, eternidad mía.” (Paginas 207 – 208).

O más adelante, cuando la atormenta por el dolor de la pérdida y la consuela por el amor sentido, la memoria de Sebastián Onius, víctima confirmada de la masacre que retorna en el sueño, en la angustia de una Amabelle que también teme por su vida, y mientras huye, en medio de su soledad e indefensión, recuerda para sí las marcas que el amor le ha dejado más allá de la piel:

“Se llama Sebastián Onius y su historia es como un pez sin cola, un vestido sin ruedo, una gota sin caída, un cuerpo que al sol no da sombra.

Su ausencia es mi sombra; su aliento mis sueños. Los sueños nuevos parecen un derroche, fastidios innecesarios, demasiado que amontonar en el pequeño espacio que queda.

No obstante creo que quiero encontrar nuevas maneras de llenarme la cabeza, nuevas visiones para una vida vieja, ríos sin agua que cruzar y grutas reales detrás de cascadas donde escabullirme cien veces al día.

Se llama Sebastián Onius. A veces esto es lo único que sé. Ahora me duele la espalda en todos los sitios que él reclamaba para sí, arcos de piel desnuda que le pertenecían, pliegues donde la carne sigue siendo frágil, abrasada como la de esas quemaduras sin cicatrizar donde cada costra descubre una llama más profunda” (pagina 276)

En los capítulos pares, donde tampoco está ausente la poesía, la novelista recrea la dura realidad de los emigrantes haitianos. Autores como Françoise Perus⁴ le reconocen a la literatura una historicidad concreta que permite que el texto no se vea sólo desde una estética normativa, sino desde su materialidad como producción ideológica cultural. Es decir, muestra lo que los hombres y mujeres en un determinado contexto histórico social valoran como positivo o negativo y descubre por tanto diversas realidades que son cotidianas y que el novelista puede expresar con verdadera nitidez. En *“Cosecha de Huesos”* encontramos algunos ejemplos que ilustran claramente el contexto social vivido por los haitianos durante los hechos aberrantes de 1937: la mirada xenofóbica que las capas altas dominicanas tienen de los haitianos por pura discriminación racial: la dueña de la casa donde sirve Amabelle, le pregunta mientras carga en sus brazos el cuerpecito de su hija recién nacida, “veteada todavía de sangre de la madre”: “— Amabelle, ¿crees que mi hija siempre será de ese color?— preguntó la señora Valencia— Pobre tesoro mío ¿y si la toman por uno de los tuyos?” (Página 22). O también la megalomanía de un dictador que impuso que los documentos oficiales se fecharan con el referente de su posesión y que permeó por tanto la manera de fechar

hasta los acontecimientos íntimos y personales como muestra de esa capacidad que tiene el poder para adormecer la dignidad humana e inmiscuirse incluso en la esfera de lo privado como si hiciese metástasis desde la esfera de lo público. Narra Amabelle: “*Por sobre el hombro de Papi yo lo miré escribir ceremoniosamente y con su mejor letra la hora y el lugar de los nacimientos: era 30 de agosto y el año 1937, nonagésimo tercero de la independencia, séptimo de la Era del Generalísimo Rafael Leonidas Trujillo Molina, Comandante Supremo, Presidente de la República.*” (Página 27).

Pero la recreación histórica más significativa de la novela es uno de los hechos más aberrantes cometidos durante la dictadura de Rafael Leonidas Trujillo. La historia constata que en 1937 el dictador sometió a los haitianos a una violenta persecución, cerró la frontera entre los dos países y asesinó a un número indeterminado de haitianos para evitar que éstos continuaran viviendo —e intentaran entrar a vivir— en la República Dominicana. La novela recrea todo el dolor y el desarraigo de esos seres humanos que de la noche a la mañana se encuentran atrapados en una nueva situación donde los lazos de solidaridad que existen en medio de la pobreza a duras penas alcanzan para resistir la barbarie que desata el poder en su irracionalidad. El estigma de ser extranjero ya no sólo lo padecen en los maltratos sino que pone en riesgos sus propias vidas. Ser haitiano es ser una posible víctima de cualquiera, civil o militar, rico o pobre, dispuesto a cumplir la orden del Generalísimo. Una víctima que fácilmente puede delatarse pues basta con que se le obligue a pronunciar la palabra “perejil”. “*¿Por qué eligieron el perejil?*”, pregunta muchos años después una joven haitiana que quiere saber sobre la masacre:

*“—Hay muchísimas historias. Esta es una, nada más —dijo la señora, volviendo los ojos a la cascada—. Me contaron que cuando el Generalísimo era joven trabajaba de caporal en una plantación de caña. Un día un peón haitiano se escapó a un campo de por allí donde crecían muchas cosas, entre otras perejil, trigo y maíz. Para que no lo vieran el haitiano se arrastraba a escondidas entre los cultivos. Cuando se cansó de perseguirlo, el Generalísimo le gritó: “Si me dices dónde estás te perdono la vida. Pero si me obligas a encontrarte te mataré”. El hombre, que no debía confiar en él, siguió escondiéndose, pero tomó el aviso lo bastante en serio para ir voceando los nombres de los campos. En el de trigo dijo **tuigo**. Y en el de perejil dijo **puejil**. El Generalísimo ya lo tenía a la vista y habría podido tirarle, pero no lo hizo porque se le ocurrió una idea. Tu gente no puede hacer vibrar la erre como nosotros, ni pronunciar la jota. “Mientras haya perejil cerca de ustedes nunca van a poder esconderse”, se cree que dijo el Generalísimo. En esta isla, basta andar unos kilómetros para oír otro idioma. Las palabras delatan de qué lado es cada cual” (página 299 – 300)*

A lo largo de la novela de Edwidge Danticat se van reconstruyendo paulatinamente los indicios y los hechos que desembocan en el dolor de una realidad agobiante:

“los rumores no corrían en vano sostuvo alguien. Una mujer se puso a contar historias que había oído. Una semana antes ante la mesa misma de la cena, un coronel había apuñalado a la cocinera que trabajaba para él desde hacía treinta años. Unos guardias de campo habían sacado a dos hermanos del cañaveral y los habían destajado a machetazos; al parecer alguien lo había visto con sus propios ojos. Se decía que el Generalísimo, durante un recorrido por la frontera, había ordenado ejecutar a todos los haitianos. Se estaba pidiendo a los dominicanos pobres que los entregaran a los soldados. ¿Por qué no se les iba pedir lo mismo también a los ricos? (paginas 118 -119),

Amabelle, aún incrédula, escucha la advertencia que le hace uno de los personajes.

“—Haz el favor de escucharme— me murmuró en Kreyol— debes irte inmediatamente de esta casa. Unos amigos de la frontera acaban de decirme que por órdenes del Generalísimo soldados y civiles están matando haitianos. Quizás no tarden más de unas horas en llegar al valle” (pagina 143).

Y huye, para recrear en un viaje de retorno a su tierra, el dolor, la muerte, la ignominia de un episodio oscuro y doloroso de la historia latinoamericana. Pero también la dignidad y la esperanza de los desterrados de la tierra, mostrando, como sólo la literatura puede hacerlo, que el hombre, incluso en los momentos más oscuros y dolorosos, igual que Amabelle Desir, espera siempre el amanecer.

NOTAS

* Sociólogo, Magíster en Historia. Director Departamento de Sociología, Universidad del Atlántico. Profesor Catedrático Universidad del Norte.

¹ Hacemos referencia a la categoría creada por Georg Lukacs, 1970, “*Teoría de la Novela*” que sostiene que la novela es una forma de conocimiento y que el tipo literario, los personajes claves de una gran obra literaria son la figura mediadora que logran la síntesis entre lo individual y lo universal y evita a su vez que se de la doble abstracción de la representación individual fuera de las determinaciones fundamentales de una época histórica y la de esas determinaciones sin que estén encarnadas en un destino individual concreto.

² Uno de los autores más serios que llama la atención sobre dichos riesgos es Erick Hobsbawm cuando señala la responsabilidad del historiador de criticar todo abuso que se haga de la historia desde una perspectiva político ideológica y llama por tanto la atención sobre “la actual tendencia de los novelistas a basar la trama de sus obras en hechos reales en vez de argumentos imaginarios, con lo cual se desdibuja la frontera que separa la realidad histórica de la ficción” Ver: HOBBSAWM, Erick, 1998. *Dentro y Fuera de la Historia*. Pagina 18. **En: Sobre la Historia**. Barcelona: Crítica, 298 p.

³ ADORNO, Teodoro. 1980. **Teoría Estética**. Madrid: Taurus, 479 p.

⁴ PÈRUS, Françoise. 1982. **Historia y Crítica Literaria**. La Habana: Casa de las Américas, 266 p.